

Alejandro Solalinde

«Los migrantes me evangelizaron»

Vestido con colores claros y con una cruz griega de madera colgada al cuello, el sacerdote «defensor de los migrantes» recorre estos días España. Su constitución delgada y sus gestos serenos esconden su fortaleza y valentía para denunciar la dura realidad de la migración en México.

Nl la amenaza de muerte de los narcos ni la candidatura al premio Nobel de la Paz 2017 consiguen que Alejandro Solalinde traicione su libertad ni su conciencia. Una libertad que le da alas para anteponer la defensa de los migrantes a su propia vida. Una conciencia que le lleva a denunciar el incumplimiento de los derechos humanos ante cualquier organismo internacional, aun a riesgo de que sus palabras socaven las posibilidades de recibir un premio internacional. No tiene pelos en la lengua.

Hace trece años que el sacerdote mexicano de 72 años se comprometió con las heridas de medio millón de migrantes que cruzan anualmente México, camino a Estados Unidos. A ellos guarda fidelidad. Conoció sus historias –asesinatos, secuestros, extorsiones, violaciones, tráfico de órganos y trata de seres humanos– y esto le transformó. «Los migrantes me evangelizaron», dice. Aquel sacerdote «burgués», se convirtió en el «sacerdote migrante» de hoy. Sus palabras son firmes, son denuncia viva y pueden ser una invitación para cada uno: «Ellos son una prueba de la clase de creyentes que somos. Si somos muy religiosos, pero ateos prácticos; o si somos de verdad consecuentes con el Evangelio».

Desde la coherencia con su fe, en 2007 construyó el

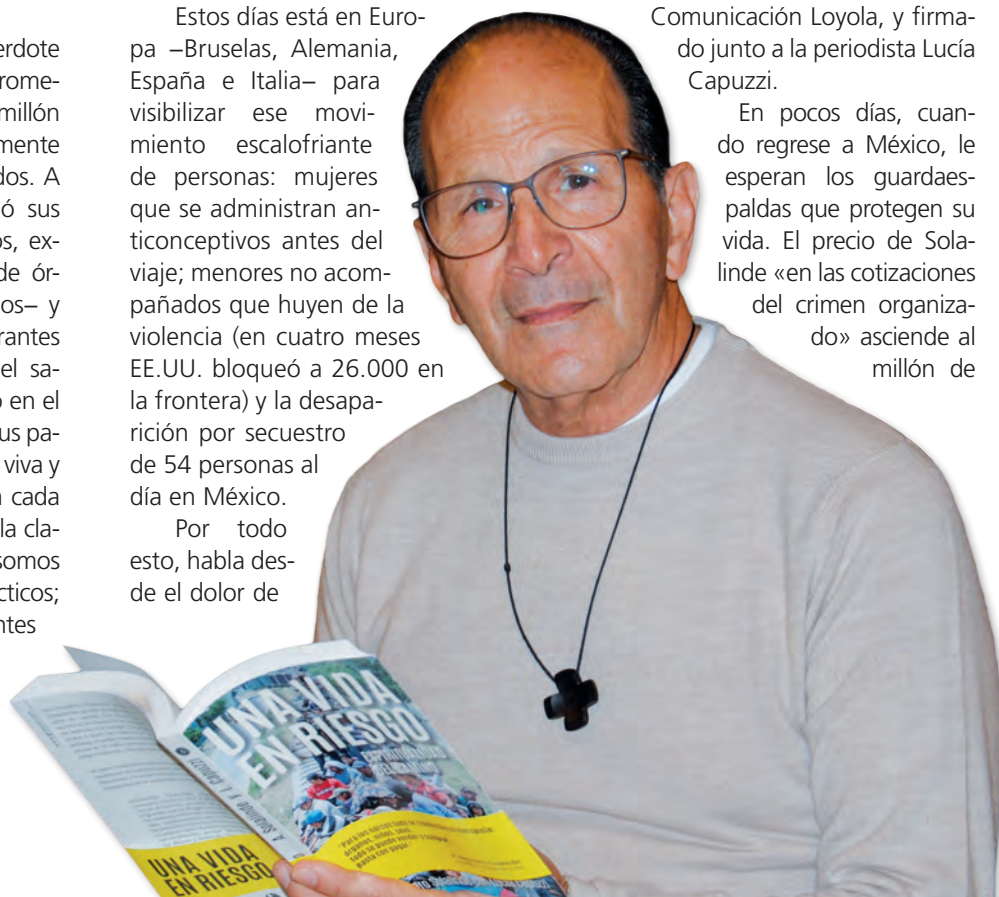
albergue Hermanos en el Camino en Ixtepec, ciudad de Oaxaca, para acoger a quienes huyen de las maras de El Salvador, Guatemala y Honduras subidos en el tren de mercancías La Bestia. Vulnerables, tratan de cruzar la frontera norteamericana, pero en el camino se convierten en el negocio de los «señores de la droga». Para las mafias dejan de ser personas y se convierten en «mercancía humana» que mueve 50 millones de dólares anuales de beneficios. Solalinde vive con y para ellos.

Estos días está en Europa –Bruselas, Alemania, España e Italia– para visibilizar ese movimiento escalofriante de personas: mujeres que se administran anticonceptivos antes del viaje; menores no acompañados que huyen de la violencia (en cuatro meses EE.UU. bloqueó a 26.000 en la frontera) y la desaparición por secuestro de 54 personas al día en México.

Por todo esto, habla desde el dolor de

lo que se ha roto en los lugares de origen de cada migrante y con determinación sobre la necesidad de despertar conciencias y poner en marcha acciones políticas. Su esperanza está en el Reino, pero en ese que comienza desde aquí, desde la tierra, con un sistema de relaciones justas, auténticas y fraternas. «Mi historia de hombre y de sacerdote, es un largo “cuerpo a cuerpo” con Dios para descubrirle y descubrirme», escribe en el libro *Una vida en riesgo*, editado por el sello Mensajero, del Grupo de Comunicación Loyola, y firmado junto a la periodista Lucía Capuzzi.

En pocos días, cuando regrese a México, le esperan los guardaespaldas que protegen su vida. El precio de Solalinde «en las cotizaciones del crimen organizado» asciende al millón de





Medio millón de migrantes cruzan anualmente México hacia Estados Unidos.

dólares. También se encontrará con dolorosas ausencias. Ya no estarán muchos de los hermanos que allí dejó ni tampoco el albergue Hermanos en el Camino que conocía. Ahora, apenas se mantiene en pie después del segundo terremoto que asoló México.

«Viviré en las carpas», asegura con gesto de indiferencia, aferrándose a la verdad que le mueve: obtener el auténtico sentido de la migración para integrar a todos en la misma familia humana. «Con la migración, el amor y la solidaridad también se están globalizando».

Su presencia en Europa tiene un gran significado, al coincidir con el fallo del premio Nobel de la Paz 2017, al que usted fue presentado por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). ¿Cómo ha vivido estos días?

Al principio me sentía raro e incómodo, porque no sabía lo que me estaba pasando. Cuando supe que no había resultado ganador, la verdad, sentí un gran alivio y me quité un peso de encima. Sentí como que volvía a ser el que yo quiero ser. En-

tendí en esos días que las personas me empezaban a definir por el premio y no por lo que yo era.

Me pasó algo muy importante durante mi estancia en Bruselas. Asistí a una reunión que me concertó Amnistía Internacional con el Parlamento Europeo. Precisamente la ONU acababa de hacer unas recomendaciones a México sobre trabajadores internacionales que no ha cumplido. Le dije que ha hecho esfuerzos, que tiene legislaciones buenas, pero que las incumple. Vi en este encuentro una gran oportunidad para que nos apoyara la UE con su solidaridad, como miembro de la ONU, pero fue todo lo contrario.

En una reunión previa confirmé que la UE ha caído en la burocracia, que ha perdido su solidaridad, que no tiene autoridad moral para defender los derechos humanos y que no reconoce a los migrantes como trabajadores internacionales. En definitiva, creo que le importa más la economía que los derechos humanos. Y esto fue lo que dije en el plenario.

La gente se quedó fría. Por supuesto, no hubo ningún aplauso y en ese momento sentí que había perdido el nobel. Tuve esa intuición.

Pero me da mucho gusto no haber traicionado mi conciencia. Para mí lo más importante es defender los derechos humanos.

Después de trece años de vida con los migrantes, habrá muchos nombres y muchas historias que merecen su compromiso y la denuncia.

Sí, yo tengo en la memoria muchos nombres. Pero, aunque no tuviera esos nombres, merece la pena por todas las personas anónimas que han pasado y seguirán pasando. Todos los que están ahorita en el albergue y esperan mi llegada a México. Ellos son mi familia.

Desde nuestra red de religiosos y religiosas, laicos y laicas, entre todos, hemos conseguido visibilizar a las personas migrantes. Tenemos 60 albergues donde somos libres de decir lo que pensamos. En nuestro colectivo, CODEMIRE (Colectivo de Defensores de Migrantes y Refugiados) hay personas que han recibido el Premio Nacional de Derechos Humanos y nos escuchan.

Sí son invisibles las regiones que no controlamos, donde no llegamos.



Antes controlábamos toda la ruta del tren y nos organizábamos. Ahora donde yo estoy no permiten que se suban al tren los migrantes, así que toman otras muchas vías, y ya no hay rutas. Y esto nos preocupa mucho, porque no sabemos qué está pasando.

Hay demasiadas personas que han perdido la vida y hace muy poco un compañero suyo.

Sí hace solo dos meses. Era el misionero laico y era el coordinador del albergue. Era el alma. Fue víctima de delito y defendió a capa y espada a las personas migrantes. José Alberto Donis Rodríguez murió en un accidente provocado. Lo mataron. Lamentablemente, nada menos que 106 defensores de los derechos humanos han sido asesinados en unos cinco años.

Al primer albergue, Hermanos en el Camino, se han sumado otros cinco. Atienden y ofrecen protección a las víctimas de la delincuencia, a los adolescentes en el camino, asistencia médica y ayuda para arreglar papeles. ¿De dónde obtienen los fondos?

De Dios. Créeme. La gente se ríe cuando digo esto, pero desde que abrimos el albergue nunca hemos tenido un donativo mensual más que el de mi familia. Son 1.500 dólares cada mes que no fallan. Pero también contamos las personas del mercado que nos dan sus excedentes dos veces por semana y con eso comemos: frijol, arroz, verdura, a veces tenemos fruta y tortillas.

Benditos de Dios no pasamos hambre. Los gastos fijos son 30.000 pesos mensuales y no nos faltan. A veces nos ayuda una persona, a veces otra... Ahorita no debemos nada.

Durante su visita a Europa ha mantenido contacto con la comunidad de San Egidio, cuya labor en la



Desde la coherencia con su fe vive comprometido con la defensa de los migrantes que son «mercancía humana»

atención de refugiados es muy importante. ¿Existe un posible intercambio de sus modos de acogida?

Sí, claro que se puede. Por ejemplo, voy a tratar de hablar con los obispos de México. No es fácil. Quizá sí es posible que una parroquia reciba una familia emigrante. Creo que sí se puede entender como parte de la educación en la fe y como un signo de solidaridad. Acá, en Europa, creo que pueden aprender de nuestra incidencia política, por ejemplo.

En el Congreso de los Diputados denunció una vez más que el muro fronterizo que Trump no servirá de nada. ¿Qué quiere decir?

Es dinero tirado. No lo empezó él, sino Clinton. Lo continuó Obama y Trump quizá lo termine. Pero con muro y sin muro sé que las personas van a pasar. Hay muchos túneles que se están haciendo más rápidamente que los cierres. Además, hay que tener en cuenta la puerta más porosa por donde van a cruzar la frontera, que es la corrupción. El crimen organizado es quien controla la frontera, no Estados Unidos ni México. Obviamente, que del lado mexicano, el crimen organizado es el crimen auto-

rizado que está compuesto por servidores públicos.

El muro no les va a frenar, y cuando Donald Trump lo termine ya no habrá nada que hacer. Será una vergüenza. Una ofensa para México y Latinoamérica, porque cuando él se vaya, EE.UU. habrá perdido mucho en autoestima y habrá hecho pedazos el respeto del resto del mundo hacia el país.

Además de levantar el muro, el planteamiento es retornar a los menores. ¿Cómo agrava la situación?

De hecho, ya lo está haciendo. Obama repatrió a 60.000 niños. Así que no es una novedad. El crimen de México es que también este país repatrie a los jóvenes a sus países de origen, porque es entregarlos a las pandillas, las maras, a la muerte o a que sean sicarios. No hay otra opción para ellos.

Conocí a un muchacho, joven salvadoreño, que llegó al albergue cuando tenía 17 años y ya había asesinado a 52 personas. Un delirio que comenzó cuando a los 11 años su madre le echó de casa porque su nueva pareja no lo quería con ellos.



para el negocio de las mafias.

Entonces entró a formar parte de una pandilla y comenzó a matar, llegando a asesinar incluso a su primo. Tres años después estaba decidido a matar a su propia madre. Ante ella, decidió dispararle en las piernas para dejarla coja y que así se acordara de su hijo.

La dureza de esta historia y las vidas que podemos imaginar, revelan la existencia de otro mundo que no conocemos.

Sí, parecen dos mundos, pero vivimos en el mismo mundo. Lo que nos pasa es que algunos no queremos ver lo que les sucede a los otros, sobre todo, a los que más sufren. No queremos entender que tarde o temprano esa realidad también nos va a dañar a nosotros.

Pienso en todos los niños que intervinieron durante la guerra de El Salvador en ambos frentes, tanto del gobierno como del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Se mataron entre ellos y al final ¿qué quedó? Heridas abiertas y muy duras. Aquellos niños que aprendieron a matar fueron a Estados Unidos y allí formaron parte de las pandillas de California, luego les

regresaron y se convirtieron en los monstruos que son ahora. Eso lo hicimos nosotros.

¿Cómo se convive con esta realidad?

Desde la impotencia, pero con la satisfacción de que hay cosas que se pueden cambiar. La impotencia es momentánea, porque la última palabra de la historia no la tienen los delincuentes, ni los políticos corruptos, ni quienes hacen la maldad. La tiene Dios. Todo es cuestión de tiempo. Puede mejorar, pero no automáticamente, tenemos que ayudar.

También vivimos una historia en la que podemos verificar que se dan pequeños cambios. Por ejemplo, cuando empezamos no había tantos albergues ni leyes de migración. Entonces no existía la ley de Migración de 2011, ni la ley de Víctimas, ni la ley de Protección de Menores, ni la de Defensores, ni la de periodistas.

Sí se han ido dando cambios y se van haciendo visibles, de manera que los delitos no resulten impunes. Pero

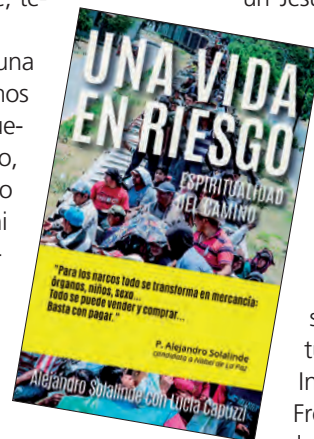
uno siente el dolor de tantas personas que van cayendo... En estos años he visto a mucha gente que se ha quedado, pero sé que caminamos con Dios, y algún día Él va a lograr ese cambio a través de la conciencia de las personas. No creo tanto en un mundo malo, sino en un mundo ciego, porque no queremos ver. Y nosotros podemos cambiarlo.

¿Qué referentes tenemos para cambiarlo?

Mi referente es Jesús. Pero no hay un Jesús oficial. Es el maravilloso Jesús del Evangelio, que lo puede leer cualquiera. Un hombre joven increíble, valiente, claro y que ama con un amor incluyente.

Y si no... Si quieren encontrar otros referentes, hay personas solidarias buenas e instituciones como Amnistía Internacional, Médicos Sin Fronteras o la Comunidad de San Egidio con quienes

puede colaborar.



MAGDALENA GONZÁLEZ